

Memorias de otredad: historias de identidad y experiencias sensibles del exilio republicano español en México (1939-1942). Seis entrevistas desde el ocaso de la vida

MEMORIES OF OTHERNESS: STORIES OF IDENTITY AND SENSITIVE
EXPERIENCES OF THE SPANISH REPUBLICAN EXILE IN MEXICO
(1939-1942). SIX INTERVIEWS FROM THE TWILIGHT OF LIFE

Estela Roselló Soberón*

Universidad Nacional Autónoma de México

* Investigadora a tiempo completo, titular B, definitiva del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México. Doctora en Historia de El Colegio de México. ORCID ID: 0000-0003-2159-6758. Correo: estelarosello@gmail.com. Declaración de autoría: conceptualización, investigación, metodología, administración de proyecto, recursos, visualización y escritura de borrador original.

RESUMEN: Este artículo tiene el propósito de explorar una dimensión poco estudiada de la historia del exilio republicano español en México (1939-1942): la función que tiene el ejercicio de reconstrucción de la memoria sensible, afectiva e íntima sobre las experiencias vividas de “otredad” durante el ocaso de la vida. Para muchas personas que vivieron el exilio republicano español en México, el sentirse y saberse “otros” frente a muchas personas y realidades fue clave en la experiencia subjetiva que terminó por formar parte de la construcción de un yo interior nutrido de la mirada de “los demás”. A partir de los testimonios recogidos en seis entrevistas orales a adultos mayores de entre ochenta y seis y noventa y cuatro años que toda su vida se identificaron como “republicanos españoles”, el artículo busca mostrar cómo la reconstrucción de la experiencia vivida de “otredad” desde la vejez permitió que dichas personas resignificaran su identidad gracias a la elaboración de un ejercicio de reconciliación personal y emotiva con ellas mismas y con sus recuerdos. Para ellos, la oportunidad de seleccionar, olvidar y reordenar las tristezas, dolores y pérdidas del exilio y de entretejerlos con las alegrías, sorpresas, encuentros y cuidados de toda una vida les ayudó a reapropiarse de sus reminiscencias desde la serenidad, en un momento crucial de la existencia, pocas veces valorado por nuestras sociedades contemporáneas como es la vejez.

PALABRAS CLAVE: exilio, memoria, experiencia vivida, emociones, vejez.

ABSTRACT: This article aims to explore a little-studied dimension of the history of Spanish Republican exile in Mexico (1939-1942): the role played by the reconstruction of sensitive, affective, and intimate memory of experiences of “otherness” during the twilight of life. For many people who lived through the Spanish Republican exile in Mexico, feeling and knowing themselves to be “other” in relation to many people and realities was key to the subjective experience that ultimately became part of the construction of an inner self nourished by the gaze of “others.” Based on testimonies collected in six oral interviews with older adults between the ages of 86 and 94 who identified themselves as “Spanish Republicans” throughout their lives, the article seeks to show how the reconstruction of the lived experience of “otherness” in old age allowed these people to reframe their identity through a process of personal and emotional reconciliation with themselves and their memories. For them, the opportunity to select, forget, and reorder the sorrows, pains, and losses of exile and to weave them together with the joys, surprises, encounters, and care of a lifetime helped them to reclaim their memories with serenity at a crucial moment in their lives, one that is rarely valued by our contemporary societies: old age.

KEYWORDS: exile, memory, lived experience, emotions, elder age.

RECORDATORIO Y UN PAR DE APUNTES METODOLÓGICOS

El exilio republicano español (1939-1942) forma parte de la historia dorada del México posrevolucionario. En la historia oficial, la acogida que el presidente Lázaro Cárdenas dio a miles de hombres, mujeres y niños españoles, perseguidos y expulsados de su patria a lo largo de la guerra civil y durante los primeros momentos del franquismo suele representarse como una de las muestras más emblemáticas de la hospitalidad y la generosidad de un régimen progresista, simpatizante de los ideales de la izquierda republicana garante de la libertad, la fraternidad y la igualdad. La identificación del cardenismo idealizado con la defensa de la justicia social cobra fuerza en el recuerdo mítico de la llegada de una comunidad de refugiados víctimas del fascismo español, necesitados de un espacio vital donde subsistir y donde encontrar la posibilidad de empezar la vida, una vez más¹. Por su parte, en las imágenes estereotípicas de la memoria de la comunidad del exilio español, el presidente Lázaro Cárdenas es recordado como héroe, mientras que el pueblo mexicano se reconoce como pueblo amigo, hermano, y México, como una patria que amorosamente brindó asilo y cobijo a miles de españoles desposeídos y devastados ante la pérdida de prácticamente todo.

Mucho se ha escrito sobre el exilio español desde la llegada de aquellos miles de obreros, campesinos, ingenieros, médicos, abogados, maestros, científicos, políticos, artistas e intelectuales españoles a México². Durante la segunda mitad del siglo XX, la historia política,

¹ Tomás Pérez Vejo ha estudiado los mitos en torno al exilio republicano español en México para ofrecer una mirada mucho más compleja de dicha realidad, al desmitificar la representación dorada no solo de las divisiones en torno a la acogida de la sociedad mexicana hacia los republicanos, sino también de la postura del gobierno de Lázaro Cárdenas hacia la llegada de los refugiados españoles en 1939 (175-184).

² De acuerdo con Dolores Pla Brugat y a Clara E. Lida, entre 1939 y 1950 llegaron 4.660 refugiados españoles republicanos a México (Pla Brugat, "La presencia española..." 164).

social, intelectual y de las relaciones internacionales del exilio se nutrió de importantes investigaciones que abordaron el fenómeno desde dichos campos de estudio³. Por otro lado, muchos historiadores del exilio republicano español en México insistieron, desde entonces, en la importancia que tuvo la conservación de la memoria colectiva entre hombres y mujeres que se identificaron como parte de la comunidad de refugiados de la guerra civil española⁴. En ese sentido, además de las investigaciones especializadas en dicho tema, han sido de enorme valor los estudios autobiográficos y las memorias personales escritas por filósofos, escritores, artistas e intelectuales de la élite republicana. En tiempos recientes, se han rescatado también muchos diarios y escritos íntimos de personas quizás menos ilustres y menos reconocidas públicamente, pero no por ello ajenas a los ideales de la República. Más allá de sus diferencias, los autores de dichas fuentes comparten la experiencia vivida de haber perdido la guerra y de verse forzados a abandonar su tierra de origen para sobrevivir y continuar la vida. Para ellos, la experiencia del exilio significó la oportunidad de abrir un nuevo horizonte de esperanza para ellos mismos y para sus hijos⁵.

A partir del siglo XXI, y sobre todo en años más recientes, algunos autores comenzaron a introducir la mirada emocional para

³ Destacan en la historiografía clásica del exilio republicano español en México las investigaciones de Dolores Pla Brugat, Clara E. Lida, Aurora Díez Canedo, Fernando Serrano Migallón, José Antonio Matesanz y Mari Carmen Serra Puche, entre otros.

⁴ En su artículo “El exilio republicano español en México: Memoria e identidad”, Guiomar Acevedo López insiste en la importancia que tuvo esa “férrea voluntad de memoria” como una estrategia para salvaguardar la identidad colectiva y preservar la continuidad de la causa y del *ethos* republicano (152).

⁵ Entre los ejemplos clásicos de dichas memorias ejemplares se encuentra la obra de Adolfo Sánchez Vázquez, *Del exilio en México: recuerdos y reflexiones* (1991). Por otro lado, en años recientes, Susana Sosenski recuperó el diario de una pequeña niña refugiada, Conxita Simarro, y lo editó bajo el título *Diario de una niña en tiempos de guerra y exilio. 1938-1944* (2017). Otro ejemplo de este tipo de diarios es el *Diario del aviador Juan Juan Ruiz Funes Sánchez* (2025), editado por Carlos Lázaro Ávila.

interpretar esos mismos diarios, memorias personales, epistolarios, poemas, fotografías, pinturas y testimonios orales con el propósito de reconstruir la historia del exilio desde una perspectiva sentimental y afectiva⁶. Este artículo se suma a dichos esfuerzos, pero desde una mirada que busca arrojar otros matices de la experiencia sensible del exilio, matices que solo son perceptibles desde los recovecos de la memoria íntima, propia e individual de personas que, desde la vejez, y a partir de las reminiscencias convertidas en relatos, vuelven a reconstruir su identidad al recordar emociones y sensaciones llenas de ambivalencia, tensión y contradicción. En ese sentido, las reflexiones de las siguientes páginas buscan enfatizar cómo la reconstrucción de las experiencias de otredad recordadas en la vejez son parte de una memoria sensible capaz de resignificar y reconciliar las tristezas, los dolores, duelos, confusiones, miedos, soledades y sufrimientos del exilio con las alegrías, sorpresas, encuentros, certezas, cuidados y compañías de una vida que al final, y de acuerdo con los testimonios de las personas entrevistadas, se convirtió en un camino propio, pleno, lleno de pesares —como la vida de cualquier ser humano—, pero lleno, también, de satisfacciones, dichas y esperanzas cumplidas, frente a aquellas otras que algún día quedaron disueltas, difuminadas o perdidas en una tierra de origen a la que nunca se pudo volver.

Se entiende por “otredad” lo que Sara Ahmed define como una realidad producto de relaciones sociales, corporales y culturales que otorgan un significado específico a la identidad de personas que “dejaron su hogar y se mudaron a otro” y que comparten la sensación de no estar asimiladas ni de pertenecer a comunidades que los excluyen de su “nosotros”. Tal como señala la autora australiana-británica, en este artículo, la otredad no es solamente “ser diferente a otro”, ni es una “esencia” absoluta, sino que se trata de una identidad y una

⁶ De acuerdo con Carolina Rodríguez López y Daniel Ventura Herranz, a partir de 2014 algunos historiadores del exilio vieron en las premisas teóricas y metodológicas de la historia de las emociones herramientas atractivas para interpretar la experiencia del exilio como un fenómeno de “sufrimiento y esfuerzo emocional, pero también de recuperación, descanso y refugio” (113).

experiencia construidas culturalmente, que surgen de la manera en que las personas se relacionan entre sí para dar origen a comunidades imaginarias, en donde algunos habitan desde la asimilación y otros experimentan siempre la sensación ambivalente de estar excluidos del “nosotros” comunitario⁷ (Ahmed, “Home and away”).

En ese sentido, es posible afirmar que las personas del exilio español que experimentaron sensaciones de otredad al migrar a México habrían construido una identidad compartida que les habría hecho parte de una comunidad emocional como las que define Barbara H. Rosenwein en su ya clásico trabajo *Emotional Communities in the Early Middle Ages* (2006); es decir, que se habrían identificado a sí mismas con un grupo que compartía un conjunto de emociones y sentimientos que orientaban sus vidas. La sensación constante de sentirse parte y no-parte de un país que les acogió y que con el paso del tiempo se convirtió en su hogar habría sido un elemento constitutivo de una experiencia de otredad compartida por los miembros de la comunidad emocional de refugiados españoles en México.

En efecto, al tratarse de una relación y de una realidad que emerge a partir del contacto y el intercambio de valores, ideas, sensaciones y creencias encarnadas y significadas en distintos cuerpos, la “otredad” también es una “experiencia vivida”; es decir, se trata de un fenómeno que se vive “como resultado de una percepción situada, contextualizada que cobra realidad a partir de cómo se sintió en determinado momento, en determinada situación, en determinado cuerpo” (Boddice y Smith 24-29)⁸. En ese sentido, historiar la “experiencia de otredad” recordada

⁷ Ahmed insiste en que la “otredad” es siempre producto de una relación (Ahmed, *Strange Encounters* 5).

⁸ Propongo el concepto de “experiencia sensible de otredad” inspirada en la lectura de los trabajos teóricos de Rob Boddice, Javier Moscoso y Sara Ahmed. De esta manera, vinculo la experiencia de otredad y de “extrañeza” de las que habla Ahmed en varias de sus obras con el fenómeno de orientación o reorientación –también estudiado por la autora– que viven las personas “en un mundo que adquiere diferentes formas”. Para Ahmed, los cuerpos de las personas se orientan a partir de la manera en que habitan los espacios y a partir de la forma en que sintonizan con los objetos y con las personas que les rodean (*Queer Phenomenology* 1-2).

desde la vejez requiere reconocer que la memoria subjetiva construida en ese momento de la vida plantea actos de selección, olvido, reorientación y resignificación de los hechos, momentos, anécdotas, olores, sabores, texturas, sonidos e imágenes que se ordenan para formar parte de un relato cuyo fin es, en realidad, lograr la reconciliación con uno mismo, con las experiencias acumuladas a lo largo del tiempo, así como con aquello que se fue, con aquello que se quiso ser y no fue posible o, simplemente, con aquello que no regresará más.

Para muchos especialistas interesados en la importancia que tienen la memoria y la reminiscencia en la vejez, esta es una etapa de la vida en que el yo interior necesita integrarse o, mejor dicho, reintegrarse a partir de una resignificación de la identidad propia⁹. Aceptar las nuevas condiciones del cuerpo, elaborar los duelos necesarios y reconocer ciertas circunstancias de dependencia y vulnerabilidad que forman parte de esta etapa de la vida requiere de fuertes ejercicios de introspección y autorevisión. Narrar la historia propia, reordenar la autobiografía, resignificar y reescribir el relato de la trayectoria vivida brinda oportunidad de encontrar nuevas sensaciones de dignidad y de armonía en estos años de crisis, pero también de oportunidad para encontrar un nuevo sentido existencial¹⁰. De esta manera, los relatos de los adultos mayores republicanos españoles que se presentan a continuación no son solamente una serie de anécdotas sueltas, personales o conmovedoras. Al haber sido recreadas mediante un ejercicio de historia oral, estas reminiscencias materializan ese proceso de “reconstitución y recreación” del yo y de la subjetividad, hilvanados

⁹ En su artículo “La experiencia emocional de envejecer”, Silvia Viel desarrolla todas estas ideas y concluye que es en la vejez que los sujetos logran construir y reelaborar nuevas representaciones de ellos mismos (s/p).

¹⁰ Es interesante pensar cómo, en ese ejercicio de reconciliación existencial que se da mediante el ejercicio de construir una memoria de vida, las personas adultas mayores suelen “recordar” con mayor nitidez que los jóvenes. Muchos han atribuido la nitidez de esa memoria a la necesidad de seleccionar solamente aquellos recuerdos y experiencias importantes y realmente significativas para la construcción de esa nueva subjetividad (Folville *et al.* 1223).

con unidad y coherencia gracias a la reinterpretación que los dueños de esos recuerdos dieron a sus propias experiencias vividas de otredad. Esto habría contribuido a generar en ellos sensaciones de mayor paz y reconciliación con sus propias trayectorias de vida¹¹.

Mirar la vejez como ese “lugar donde se cristaliza y refugia la memoria” apela, evidentemente, a los estudios clásicos de Pierre Nora, pero también a los estudios más recientes de Barbara H. Rosenwein, pionera y pilar de la historia de las emociones, cuyo interés en la experiencia de envejecer devela “cómo las personas mayores siempre han retenido sus deseos emocionales más profundos”¹². Efectivamente, pensar en la memoria como esa facultad ordenadora y organizadora de la experiencia vivida de la que alguna vez hablara Nora hace posible imaginar la manera en que las personas que viven en el “invierno de la vida” revitalizan sus experiencias vividas, les dan un nuevo sentido, las acomodan y las habitan una vez más, mediante la experiencia de un cúmulo de emociones y sensaciones encarnadas. Al impregnarse en el cuerpo, estas terminan siendo parte constitutiva e inherente a la persona o, más bien, acaban por convertirse en ese hogar que no se puede vivir en otro sitio sino, una vez más –en paráfrasis de Ahmed– “allí donde habita el corazón”¹³.

De manera que el interés de este artículo es concentrarse en el relato más íntimo, personal e individual de seis personas que, desde una serie de entrevistas realizadas en la última etapa de su vida, hicieron un ejercicio de resignificación, ordenamiento e incluso reconciliación con sus propias memorias de otredad, al volver a

¹¹ Romina Andrea Fernández explica de esta manera la importancia que tiene la construcción de una identidad narrativa y los procesos que se viven para construirla en la vejez (Fernández 17).

¹² Esta frase se refiere al libro más reciente de Barbara H. Rosenwein, *Winter Dreams: A Historical Guide to Old Age* (2025).

¹³ En sus trabajos sobre la compleja experiencia de “sentirse en casa” entre migrantes y exiliados, Sara Ahmed plantea que dicha experiencia siempre es afectiva. En ese sentido, “la ubicación del hogar se construye mediante todo aquello que se huele, se escucha, se toca, se siente y se recuerda” (“Home and Away” 342).

enunciar la reminiscencia de olores, sabores, texturas, objetos llenos de sentido, palabras, sonidos y sensaciones introyectadas en cuerpos —en palabras de Sara Ahmed— “siempre descolocados”¹⁴, pero a pesar de ello, siempre ávidos y capaces de “sentirse en casa” y de volver a habitar un hogar propio.

Las fuentes para realizar este ejercicio de análisis son seis entrevistas que se hicieron en 2017 a seis adultos mayores que durante toda su vida, desde su llegada a México —entre los nueve y los catorce años—, se identificaron a sí mismas como “republicanas o republicanos españoles”. Esta forma de identificación existencial formó parte del yo interior de estas personas, quienes compartieron la experiencia de expulsión del lugar de origen tanto de sus padres y madres como de ellas mismas. Tal como se podrá leer a continuación, este episodio en sus historias de vida se convirtió en la simpatía republicana identitaria que no solo fue heredada de sus progenitores, sino que cada una de ellas y ellos encarnó, reconstruyó y resignificó para convertirla en una experiencia propia que dio sentido a su manera de ser y vivirse “republicano español”.

Al momento de las entrevistas, todas y todos los entrevistados tenían entre ochenta y seis y noventa y cuatro años y vivían en la Ciudad de México. Algunos fueron entrevistados en sus propios hogares, otros en los de sus hijos o hijas y solo uno de ellos en su lugar de trabajo. Es importante señalar que todas y todos, excepto uno, gozaban de muy buena salud, se desplazaban con autonomía fuera de sus hogares y tenían una vida social intensa con amigos y familiares a quienes visitaban o por los que eran visitados con frecuencia. El único entrevistado que no contaba con estas facultades vivía en casa de su hija, no podía caminar y hablaba con dificultad. Por último, vale la pena señalar que los seis entrevistados pertenecieron a lo que Silvia Dutrénit ha denominado “la segunda generación”, es decir, fueron “hijos que acompañaron a sus padres en la ruta del exilio”

¹⁴ Para Ahmed, los cuerpos de exiliados y migrantes comparten siempre la sensación de dicho descolocamiento (Ahmed, “Home and Away” 345).

(209), y todos ellos pertenecieron al sector de las élites o al sector terciario constituido por profesionistas, maestros, catedráticos o intelectuales simpatizantes de la República que llegaron a México entre 1939 y 1942¹⁵.

Por obvias razones de respeto a la privacidad, los nombres completos de los entrevistados no se mencionan en las siguientes páginas. Sin embargo, vale la pena tener presente el lugar de origen y la edad de cada uno de ellos en el momento de ser entrevistados: Paloma nació en Madrid y tenía ochenta y seis años; Cecilia nació en Madrid, pero creció en Pamplona y fue entrevistada a los noventa y cuatro; Mari Cruz nació en Avilés y contaba con noventa y dos; Nuria nació en Barcelona y tenía noventa y tres; José S. nació en Murcia y dijo tener noventa y cuatro y José L. nació en Terraza y también tenía noventa y cuatro años cuando se realizó el trabajo etnográfico para escribir este artículo.

Como toda historia oral, esta se elaboró a partir de una metodología interpretativa y cualitativa que entreteje el pasado y el presente, lo mismo que la subjetividad de las personas adultas mayores entrevistadas, plagada de “deseos, ambivalencias y fabulaciones” (Bornat 222), con la subjetividad propia de la historiadora involucrada en la reconstrucción y reinterpretación del relato¹⁶. En ese sentido, tal como afirma Joanna Bornat, el ejercicio de las entrevistas para recuperar la historia oral, íntima y encarnada de estos seis adultos mayores habría constituido una especie de ritual terapéutico, “casi confesional”, de transformación del yo interior en una etapa crucial y de transformación personal como es la vejez. De esta manera, el relato-memoria

¹⁵ De acuerdo con Dolores Pla Brugat casi la mitad de los refugiados republicanos que llegaron a México en esos años pertenecieron al sector terciario mencionado (“La presencia española...” 164).

¹⁶ Joanna Bornat insiste en el carácter cualitativo y subjetivo de la historia oral y en cómo el acceso a los recuerdos y a la memoria de adultos mayores mediante entrevistas sobre sus reminiscencias en el pasado siempre lleva a las versiones que dichas personas tienen de ellas mismas en un presente siempre vinculado con el pasado (222).

que aquí se presenta sería resultado de eso que Javier Moscoso ha recuperado de la antropología clásica y ha llamado “las formas ritualizadas de la experiencia vivida” (218). En efecto, si como decía Victor Turner “toda experiencia culturalmente significativa se traduce en un drama social” (*ibid.*), los recuerdos sensibles sobre las experiencias de otredad en el exilio que estas seis personas se convirtieron en una trama significativa desde la vejez y permitieron rehabilitar ese pasado eterno del que solo quedaban “restos fosilizados y manoseados por la memoria” de una larga vida vivida (Moscoso 212).

LA PARTIDA

Entre 1939 y 1942 llegaron a México varios barcos con tripulantes españoles que buscaban refugio después de haber sido vencidos en una guerra que les había dejado la vida rota. Las tres embarcaciones más importantes de aquel contingente de refugiados republicanos fueron el *Mexique*, el *Sinaia* y el *Ipanema* (Barcos de la Libertad). A lo largo de su travesía por el mar, los pasajeros de aquellas naves del exilio escribieron sus diarios de a bordo. En ellos se registraron las actividades cotidianas del barco, los avisos que se daba a la tripulación, las noticias internacionales del momento que circulaban en altamar, algunas reflexiones sobre el papel que debían jugar los españoles en el país que les acogería, notas que informaban sobre lo que aquellos viajeros conocían o debían conocer sobre la naturaleza, el clima, las costumbres y la historia de México, así como los comentarios que se compartían sobre la política del presidente Lázaro Cárdenas. Gracias a estos documentos, los historiadores pueden reconstruir el universo de preocupaciones, miedos, ilusiones, dudas, alegrías y tristezas que, durante el viaje, inundaron la mente de muchas y muchos españoles obligados a dejar su patria y que se vieron forzados, por lo mismo, a imaginar las nuevas posibilidades y alternativas de supervivencia que México y la vida les brindaban a partir de aquel momento.

Entre las muchas cosas curiosas que uno puede encontrar en esos diarios –más específicamente, en el del *Ipanema*–, se encuentra un emotivo mensaje del 14 de junio de 1939. Aquel día, la embarcación zarpó rumbo a México y el *Diario de a bordo* publicó la despedida que el presidente de la S.E.R.E. (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles), Pablo de Azcárate, dio por escrito a todos los pasajeros que entonces dejaban atrás España, con miras a encontrar un futuro mejor. La nota decía más o menos así:

Váis a Méjico con el propósito de rehacer allí vuestra vida. Pero no tenéis que olvidar que lleváis a Méjico una especie de representación moral y simbólica de nuestra España. De una España libre y progresiva y abierta a todas las exigencias de una estricta y rigurosa justicia social... defended ahora la unidad de nuestro frente espiritual e ideológico. Hubiera querido ser portavoz en este momento solemne de los sentimientos de honda y sincera gratitud del pueblo español, del auténtico pueblo español hacia el pueblo mejicano y su presidente... Y como no me resignaré nunca a aceptar que vuestra marcha y nuestra separación física nos aleje espiritualmente, no me despido de vosotros y termino con nuestro glorioso ¡Salud! Y dos vivas que han de ser las guías de esta nueva etapa de vuestra vida: ¡Viva Méjico! ¡Viva España! (de Azcárate 1-2).

A casi ochenta años de aquel día, el mensaje del presidente Azcárate parece una profecía de mucho de lo que habría de suceder con la comunidad de republicanos españoles que llegaron a México en aquella época; o, más bien, se puede leer como un presagio de la manera en que dicha comunidad se habría de construir y representar a sí misma en un país entonces ajeno pero que, al final, terminaría por convertirse en la patria y el hogar de muchos de sus miembros. Estaba allí el mandato moral: el no olvidarse de la defensa de los principios de justicia social que habían animado su causa, esos principios para los cuales no había cabida en la España que se dejaba y que debían encontrar cauce en otras tierras. Estaba allí, también, el sentimiento de gratitud; un sentimiento que habría de convertirse en pilar del discurso

de la identidad colectiva de los republicanos españoles en el México contemporáneo. Y estaban allí, por último, los dos vivos, que, como se verá a continuación, serían los polos entre los que oscilaría la existencia y la memoria de los refugiados españoles en el exilio mexicano.

A los noventa años de edad, estos son los recuerdos que se quedaron plasmados en la memoria de aquella partida, entre algunos tripulantes que subieron de niños no al *Ipanema*, sino a otras embarcaciones parecidas, para huir con sus padres de España y empezar así una nueva vida en México. A sus noventa y tres años y desde la casa de su hija mayor, con quien vive, Nuria recuerda: “fueron sentimientos encontrados todos, desde que salimos de España... Llegué a Méjico a los nueve, porque dos años estuvimos en Marsella... y yo como niña, viajar sin saber a dónde vas a llegar... daba tristeza... también emoción”. Continúa Nuria con sus reminiscencias y habla del viaje en el barco:

Estaba yo con mamá todo el tiempo, y la veía enferma, y en el barco, veía desde el puente el comedor de los que venían en primera. Nosotros veníamos en quinta, pero no lo veía con tristeza, solo lo veía con curiosidad, lo elegante que eran las comidas que les servían, lo recuerdo sin tristeza, sin agobio. A ellos les tocaba eso.

Mientras habla, Nuria se concentra en esos recuerdos que, desde su vejez, filtra para quitarles el posible dolor o la posible envidia que pudo haber sentido de niña en aquellos momentos. En su lugar, señala que las cosas, así como fueron, no estaban mal, pues así debían haber sido. Con esto, la mujer catalana deja en paz sus emociones vividas en el pasado y continúa para seguir con la reconstrucción y resignificación de su memoria, es decir, de su identidad en esta etapa final de la vida.

También Cecilia, de noventa y cuatro, recuerda bien el momento de la partida. Ella, desde su casa propia, aquella en la que crecieron sus hijos mexicanos y donde vivió la vida con su esposo ya fallecido, señala lo siguiente:

Tenía quince años... al ver que nos alejábamos de tierra nos costó mucho trabajo pensar que dejábamos España, que dejábamos Europa y que no sabíamos cuándo íbamos a poder regresar. Tan es así, fíjate, que seguimos aquí toda la vida...

Los recuerdos de Nuria y de Cecilia son, evidentemente, agri-dulces. En ellos se percibe un fuerte dejo de tristeza, de dolor por aquello que entonces sintieron que se perdía y que hoy, después de una vida vivida, se sabe que en efecto se perdió¹⁷. Las emociones del presente imprimen una luz particular a los recuerdos del pasado y al pesar y la incertidumbre experimentados por ambas niñas en aquel momento se suma el pesar de dos mujeres que, a los noventa años, corroboran que a partir de aquel instante en que la tierra española desapareció en el horizonte, la vida tomó un camino sin regreso¹⁸. Al mismo tiempo, no obstante la tristeza que ambas expresan, sus testimonios también hablan de otro tipo de emociones: alegría y curiosidad infantil, aceptación y serenidad adulta ante la buena vida que, al final, transcurrió después de la partida.

¹⁷ En su interesante y sugestivo artículo "Memory in Exile", María Sá Cavalcante sostiene que el exilio otorga a la existencia una eterna sensación del "después de" (*afterness*). Para Sá Cavalcante, esa condición del "después de" coloca al sujeto siempre separado pero siempre cerca de aquello que se dejó y para lo cual no existe el regreso (177).

¹⁸ En su artículo "Reflections on European History and Memory in Exile", Michael Kamen retoma lo que explica Jo Labanyi sobre la relación entre la memoria y el pasado (535-553). De acuerdo con la historiadora inglesa, "la memoria es un proceso que opera en el presente y que no puede dar sino una versión del pasado coloreada por las emociones presentes". En este caso, la evocación de los recuerdos de la despedida se hace desde el presente y así el pasado se reconstruye y se llena de emociones particulares a partir de todo aquello que Nuria y Cecilia son hoy y no únicamente a partir de lo que ambas pudieron sentir de niñas, en el momento de dejar su país. Al respecto, Jo Labanyi señala que "[l]a memoria no es una cosa, sino un proceso que necesariamente se vive en el presente... vincula el pasado con el momento de evocación y produce un compromiso con el pasado en el presente" (25).

LA NUEVA TIERRA

Una vez que los refugiados dejaron España, la vida y la memoria se tuvieron que articular desde un presente que se llamaba México. Apenas llegaron, el país de acogida comenzó a cobrar nuevo significado en la mente y en la experiencia de muchos españoles que, hasta entonces, no tenían una idea clara del país al que llegaban. Nuevamente es Nuria quien recuerda cómo antes de partir, “las señoritas del Colegio nos hicieron hacer la primera comunión cuando supieron que veníamos a México pues no sabían si aquí había llegado el cristianismo. Se veía a México como un país atrasado”.

Por su parte, ya en casa de su hija, donde ahora vive, y sentado en un sofá en el que ve transcurrir su vejez frente a un televisor, José L. recuerda —en un habla difícil de comprender por las secuelas que ha dejado un accidente cerebrovascular—:

No me imaginaba en absoluto cómo era México... Llegué a la ciudad por tren, a la estación de Buenavista el día doce de diciembre, o sea, el día de la Virgen de Guadalupe. Y cuando veníamos por los suburbios yo oía ¡pim, pam, pum! Y dije, ¡esto es la guerra de Pancho Villa que continúa!... Era algo que uno había oído hablar del personaje histórico peculiar...

José L. termina su relato y se ríe. Su expresión corporal se relaja ante la reminiscencia de una experiencia vivida que hoy, lejos de causarle miedo o sorpresa, le parece en cambio simpática y divertida.

Muy pronto, frente a las imágenes confusas y vagas que aquellos niños refugiados tenían de México, la realidad comenzó a imponerse frente a ellos. Así, empezaron a construirse una nueva cotidianidad y, al mismo tiempo, una nueva noción del país que los recibía. Además, poco a poco, los exiliados comenzaron a construir en ellos una conciencia distinta: la de quién se era en aquella nueva situación vital. En aquel proceso de transformación de la conciencia personal, el encuentro con la comida, la gente, la lengua, los paisajes, las calles,

los edificios y las formas de sociabilidad “mexicanas” hacía oscilar la existencia de los exiliados constantemente entre lo propio y lo ajeno. Sin embargo, aunado a aquel fenómeno de comparación incesante, lo que se estaba viviendo, en realidad, era un rápido proceso de adaptación e integración cultural plagado de tensiones, contradicciones, negociaciones y ambivalencias. Sobre aquellos primeros momentos de la llegada, a sus noventa y dos años y desde su casa propia, en la que vive sola, con ayuda de su cuidadora, Mari Cruz recuerda:

Yo tenía nueve o diez años ¡y México se nos hizo precioso! Vinimos de Veracruz en tren hasta la ciudad de México... Pero nunca encontré en México algo más bonito que en España. Nunca. ¡Pobre de mí si lo llegaba a encontrar! Mira, mamá, qué bonito está eso, sí, ¿pero te acuerdas de aquella plaza que hay en Toledo? Mi madre siempre se acordaba de lo que había parecido en España. Todo le recordaba alguna parte de Sevilla o algo...

Cecilia dice: “Me gustó la comida; me pareció distinta y que había cosas riquísimas”. Don José L. expresa: “Yo me adapté rápido. Me gustó México”.

En la memoria de cómo se vivió aquel proceso de adaptación, el recuerdo de haber experimentado la otredad se hace presente de muchas maneras en la conciencia de estos adultos mayores. Y es que, efectivamente, la condición de ser refugiado español en México confrontó a aquellos niños que apenas llegaban con la sensación de no ser iguales a muchos otros. Porque la identidad republicana diferenciaba a quienes la ostentaban de muchos sujetos distintos e incluso contrarios a los refugiados que pronto comenzaron a reconocerse entre sí como un “nosotros”. En primer lugar, ser refugiado español en México significaba ser “otro” que los propios mexicanos oriundos de aquel país; pero, además, suponía saberse “otro” que los españoles que se habían quedado en España. Asimismo, implicaba ser diferente a los españoles franquistas y, extrañamente, también denotaba descubrirse distinto a aquellos españoles que habían

llegado a México antes de la guerra civil, llamados “gachupines” o “residentes” y que, generalmente, simpatizaban con las ideas del franquismo¹⁹.

Es curioso observar la manera en que los primeros recuerdos de aquel proceso de encuentro cultural se reconstruyen en la memoria a los ochenta y noventa años de edad. Cuando Nuria, Mari Cruz, Cecilia, Paloma, José L. y José S. llegaron a México, todos eran niños o adolescentes. Por ende, los recuerdos que hoy vienen a sus mentes sobre los primeros años en aquel país entonces extraño están plagados por afectos y sentimientos vinculados con la figura de sus padres. Y es que parecería que, para todos ellos, aquel proceso de la primera adaptación estuviera asociado, inevitablemente, con la estrecha compañía o fuerte presencia de esos padres que, huyendo, los habían llevado a México consigo, protegiéndoles de los horrores de la guerra y del franquismo.

Al respecto, Nuria afirma: “Mamá siempre vivió en el pasado, se quedó viviendo en el pasado y siempre creyó que íbamos a volver a España... ella tenía una biblioteca espléndida y el día que supo que la habían quemado sintió mucha tristeza, lloró mucho”. Sobre su padre: “Papá era un hombre muy trabajador... él siempre supo que había que venir a México; pudimos ir a Estados Unidos, pero él quiso México. Él siempre habló bien de México y nos decía que nosotros teníamos que querer mucho a México”. Mari Cruz: “Mamá lloró mucho... lloraba y lloraba y estaba ahorre y ahorre centavo por centavo para poder volver a España... no pudo volver nunca”. Y dice sobre su padre:

Papá consiguió trabajo como abogado en México... si ha habido una persona noble y buena esa fue mi padre... no le cobraba a casi nadie... A mi padre nunca le vi una lágrima.

¹⁹ Los españoles “residentes” o gachupines eran aquellos inmigrantes españoles que habían llegado a México entre 1880 y 1930, con la idea de “hacer la América”, y que se identificaron rápidamente con los sectores criollos mexicanos, conservadores y partidarios de las ideas de derecha (Díaz 3199).

¡Papá era muy especial, tuve mucha suerte! Mamá también era muy buena, pero era la clásica mujer española, sabía tejer como nadie y esas cosas, sabía escribir, sabía bordar, claro, las monjas. Mamá sufrió más porque era una señora de su época, sabía servir el té²⁰.

La memoria que Cecilia tiene sobre sus padres también está hecha de muchas emociones:

A papá lo cogieron por tener ideas distintas... él tenía las fincas de su abuelo, sus trabajadores eran campesinos que trabajaban la tierra y pagaban renta... antes de que empezara la guerra, por el carácter y la forma de ser que tenía mi padre, decidió regalar a cada campesino su casa con papeles y todo. Y mucha gente en Pamplona lo supo y lo tomaron por comunista... Papá no pudo hablar mucho [después de la guerra]... él mismo nos dijo que para él era muy difícil hablar de estas cosas. Así que pensamos que mejor él dijera lo que quisiera, sin agobiarle demasiado. Al principio, durante un tiempo, encontró trabajo en Acapulco, como vendedor en una tienda de abarrotes.

Y sobre su madre: “Mamá pasó de ser una niña mimada y consentida a tener que trabajar mucho para mantenernos a mis hermanas y a mí... ella trabajó en el gobierno de Indalecio Prieto y [ya en México] en la JARE”²¹.

Por su parte, Paloma recuerda: “Mi padre nunca dijo nada, pero supongo que sí extrañaba España. Todo lo que publicaba era sobre España cuando estuvimos en Cuba. Extrañaba su país”. Además, dice Paloma: “Mi madre era una persona que todo lo que te decía

²⁰ Es también Elena Díaz Silva quien ha estudiado la construcción de identidades de género a partir de la experiencia del exilio. Para Díaz Silva, la imagen del padre trabajador, esforzado y proveedor era una construcción simbólica necesaria para reivindicar la masculinidad de la derrota de los republicanos en la Guerra Civil (3200).

²¹ Siglas para referirse a la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles.

era para levantarte el ánimo; siempre me hacía sentir que yo podía con todo. Me decía: tú eres una sobreviviente”.

Como es fácil advertir, las cuatro mujeres guardan en su memoria recuerdos entrañables sobre lo que el exilio significó para sus padres, también sobre la manera en que cada uno de ellos enfrentó su presente exílico y, en especial, sobre las emociones, afectos y sentimientos que sus padres y sus madres les transmitieron en esos primeros momentos en que había que reconocer que España, al menos por un tiempo, había quedado atrás. Una vez más, es muy probable que los recuerdos que cada una de ellas tiene sobre sus padres y sus reacciones frente al exilio se hayan construido a partir de lo que sus progenitores significaron y representaron para ellas a lo largo de sus vidas. Pero más allá de esto, los testimonios de Cecilia, Mari Cruz, Paloma y Nuria vuelven a ser reveladores de muchos aspectos interesantes sobre las experiencias más íntimas del exilio.

Los recuerdos que estas mujeres traen a la memoria son evidentemente distintos, pero hay algunas coincidencias en algunos de ellos que merece la pena anotar. En primer lugar, el recuerdo de Mari Cruz y de Nuria habla de padres seguros de sus decisiones, trabajadores y deseosos de integrarse a la vida laboral mexicana lo más pronto posible para sacar adelante a sus familias en el nuevo país al que habían llegado. Al mismo tiempo, en el caso de Nuria y de Mari Cruz, la figura de sus madres aparece como una figura “que sufre más”, en palabras de Mari Cruz. En ambos casos, se trata de mujeres que lloraron mucho, que añoraron mucho, que extrañaron mucho y, tal como lo expresa Nuria en algún momento, “que se quedaron viviendo en el pasado”. Para ellas, parecería que el amor a España, el hilo que las vincularía para siempre con aquella tierra natal abandonada estuviera hecho, en gran medida, de las lágrimas y el llanto materno. Y es que da la impresión de que algo de ese llanto y de ese dolor femenino por la pérdida se convirtió en parte fundamental de la identidad española de estas mujeres que terminaron haciendo su vida en México.

En el caso de Cecilia y de Paloma, los recuerdos paternos y maternos están hechos de otras imágenes e impresiones. Para Cecilia, su padre también insistía en la importancia de la integración y de no idealizar la tierra natal. Así, por ejemplo, en su testimonio, ella recuerda las palabras de su padre: “Piensa en el frío que haría en Pamplona y mira qué buen clima hace aquí... pero yo sé que al pobrecillo le costó mucho, quedó muy deprimido después de la guerra”. Y añade, para recordar a su madre: “Mamá no hablaba de España; pero sí fue muy duro dejar todo lo que se quedó allá”.

Es fácil leer el peso que para estos adultos mayores tiene el recuerdo de sus padres y madres, hace tiempo ausentes en este mundo. Entre todas y todos, hablar de ellos genera entrañables emociones de amor, nostalgia y ternura. También, vuelven a la memoria los sentimientos de orgullo y admiración. Pero es posible que, a tantos años de distancia, y ya lejos de esa infancia en que sus padres eran los adultos y ellos los niños, en sus relatos, los seis entrevistados lograran transformar aquellas emociones infantiles en otras nuevas y diferentes. Ahora, ya en la vejez, ya como adultos fuertes, resilientes y llenos de experiencias vividas, estos seis adultos mayores recuerdan a sus padres desde otro lugar: ese que ellos sí lograron habitar y sus progenitores no. Es decir, el de haber vivido la asimilación cultural necesaria para hacer de México su nueva patria y su nuevo hogar.

El silencio suele ser un lugar frecuentemente visitado en el proceso de construcción de la memoria de muchos exiliados²². Como muchos otros hombres y mujeres que combatieron en los campos de batalla y que sufrieron el hambre y la muerte de la guerra civil española, los padres de Cecilia prefirieron guardar silencio. Los recuerdos de esta mujer de noventa años proyectan la imagen de un padre profundamente deprimido, desolado, devastado después de vivir dos años escondido en una buhardilla para salvar su vida.

²² Carolina Rodríguez López y Daniel Ventura Herranz dicen, en este sentido, que para muchos exiliados, el no hablar de la guerra fue un mecanismo para evitar el dolor y encontrar refugio emocional (123).

Así también, en su memoria, su madre aparece como una mujer fuerte, a quien la guerra habría hecho crecer, pero que al llegar a México también prefirió callar lo que había vivido durante los años de su transformación personal. La necesidad de guardar silencio experimentada por esta generación se heredó a la siguiente y así, por ejemplo, Nuria recuerda que, en su caso, “durante años no quise hablar de todo esto. Era una herida muy dolorosa que no quería abrir. España era algo que estaba como tapado”.

Algunos historiadores interesados en el estudio de la memoria histórica han insistido en cómo el silencio no significa olvido. La dificultad para articular las experiencias de sufrimiento y de la derrota se traduce en el hábito de no hablar, pero, además, el silencio constituye una estrategia para proteger a los seres queridos y para impedir que el pasado se convierta en obstáculo para construir el futuro (Labanyi 24)²³.

A pesar del silencio elegido por los padres de Cecilia o de la misma Nuria, la memoria de ser español en un país distinto, de haber vivido una guerra que se había perdido y el hecho de haber salido huyendo de la patria se actualizaba y se actualizó siempre en el presente de la vida cotidiana. El lenguaje corporal expresado en el acento jamás perdido o en la forma de hablar, los objetos de infancia conservados, lo mismo que la comida que se preparaba en casa o la música española que se escuchaba en los primeros años de la llegada eran elementos propios de esa memoria que, por momentos, fungió como un refugio emocional en el que los exiliados lograron conservar el pasado perdido en el presente mexicano. Así, aquella cotidianidad íntima y española construida en el nuevo hogar mexicano permitió vivir de manera menos dolorosa la ausencia de todo lo que, en principio, ya no estaba²⁴. Habla Nuria al respecto: “En casa siempre comíamos

²³ Labanyi retoma a Luisa Passerini, quien ha enfatizado en la importancia de interpretar los silencios que forman parte de la memoria histórica.

²⁴ Aquí merece la pena recordar lo que dice María Sá Cavalcante sobre los usos de la memoria. De acuerdo con ella, la memoria no solamente es una actividad

comida española... todavía hoy comemos comida española, eso fue lo que aprendí a hacer con mamá... aquí se come siempre los garbanzos, las alubias... son riquísimas”.

Además de la comida, en lo cotidiano, la cultura material, las cosas, los objetos que acompañaron a los exiliados en el viaje también fueron almacén de recuerdos y cobraron significado especial en el proceso de adaptación y de supervivencia diaria. Es Mari Cruz quien recuerda:

Los baúles los trajimos cargando por los Pirineos. Los preparó mi abuela. Trajimos manteles de lino, cubiertos de plata... de eso vivimos mucho tiempo al llegar. Los vendió mamá en la casa de empeño... ya no los recuperó nunca. Pero me quedó una cucharita, la mía, que dice mi nombre: Lolina. Aquí la tengo, ¿la quieres ver?

En cuanto a la memoria resguardada y recreada en la dimensión de la oralidad, los cantos infantiles y de juventud, el acento y el habla también se hacen presentes en los testimonios de algunos. Así, por ejemplo, dice Paloma:

En el Colegio, como éramos todos refugiados, todos cantábamos las mismas canciones... Un día fuimos a una excursión, conocí a un señor que me dijo que era refugiado español y le pregunté: ¿qué canciones sabe? ¡Y sabíamos las mismas! Y dijimos: vamos a cantar, y nos dio mucha emoción, es curioso...

También sobre el encuentro de refugio y alivio en la música y en el habla dice Cecilia:

Me pasaba mucho tiempo buscando en la radio mexicana las estaciones donde transmitían programas españoles y escuchaba los pasos dobles, me gustaba oírlos hablar, me sentía muy bien...

que preserva y conserva, sino también una actividad capaz de crear imágenes y una forma de traer al presente lo que está ausente (178).

Y añade sobre su acento:

Yo conservé mi acento y mi forma de hablar, no sé por qué, no lo hice a propósito, así soy, no me di cuenta. Claro, seguramente hablo con menos acento que cuando llegué a México, pero se me nota en el hablar que soy española, los taxistas apenas hablo con ellos me preguntan, ¿y de qué parte de España es usted?²⁵

Es curiosa la última frase de Cecilia en este sentido, ya que probablemente solamente ella perciba que su acento es menos pronunciado hoy que el que tenía al llegar; quizás su impresión solo sea producto de su memoria, una memoria que hoy mira el pasado de la España que dejó como un sitio remoto y cada día más lejano. De cualquier forma, lo que aquí más interesa es la conciencia de otredad que experimenta Cecilia cada vez que se sube a un taxi y se encuentra con los taxistas mexicanos que la reconocen española, a pesar de los setenta años vividos en México.

SER EL OTRO

A partir del momento en que los exiliados españoles dejaban su tierra para venir a México, el horizonte que se abría frente a ellos ofrecía diversos sentimientos que incidían en la conciencia de ser diferente. El haber sido expulsado de la patria por las ideas que se profesaban, por ver la vida de manera distinta y contraria a lo que la España franquista permitía, colocaba a los republicanos en un espacio existencial claramente dividido entre un “nosotros” y un “los otros”. Cuando el presidente de la S.E.R.E., Pablo Azcárate, se refirió a los exiliados que zarpaban en el *Ipanema*, este habló de ellos como “los españoles

²⁵ Todos los entrevistados para realizar este artículo siempre conservaron su acento español.

verdaderos”, estableciendo un evidente contraste con aquellos franquistas que, de acuerdo con su mirada del mundo, no lo eran. Pero, además, una vez que los refugiados españoles subían al barco, el país que los esperaba con los brazos abiertos —a veces más, a veces menos— también ofrecía diversas emociones e impresiones que generaban una conciencia de ser un otro. A casi setenta años de la llegada a México, los recuerdos de esa otredad salen a flote, impregnados, también, de eso que hoy se siente haber vivido en un país, al final, distinto al propio. La ambigüedad y la ambivalencia de esa sensación de otredad se traducen en una tensión emocional que oscila entre el agradecimiento y la alegría de haber encontrado la oportunidad de sobrevivir y hacer la vida plenamente, y la pena, el dolor y el sufrimiento generados por algunas circunstancias en que las diferencias culturales sí originaron si no rechazo, al menos extrañeza por parte de ambos lados.

Las circunstancias cotidianas en las que a veces era fácil percibir la diferencia entre uno mismo y los otros eran tan obvias como podían ser las características físicas. Por ejemplo, es Mari Cruz quien recuerda: “Mi hermana Rita era guapísima... tenía unos ojazos azules... eso en México era muy importante, lo de los ojos azules”. Así, los prejuicios racistas mexicanos, la valoración del color blanco o de los ojos claros como sinónimo de superioridad fueron parte del recibimiento que muchos españoles encontraron en dichas tierras.

Las tensiones emocionales propias de la memoria del exilio suelen expresarse en recuerdos aparentemente contradictorios, pero que, en realidad, hablan de la ambivalencia y la ambigüedad de la experiencia de la integración cultural. Como se ha señalado ya, Cecilia tiene presentes las diferencias en el hablar, en su acento, como parte de esa memoria que la ha hecho sentir diferente a los mexicanos de origen a lo largo de su vida. Sin embargo, para ella, ese mismo elemento, el de la lengua, a veces se recupera como un elemento de encuentro e identificación cultural. Esto es lo que dice, en ese sentido:

Llegar a México fue difícil, pero había algo muy importante y era que hablábamos el mismo idioma, no como en Francia,

que no lo hablábamos y fue más difícil... y aquí hay tantas cosas distintas en el idioma que parece mentira, pero hablaban español, era una maravilla.

Sin embargo, en otro momento de la entrevista, Cecilia vuelve a recordar cómo esas diferencias entre el español mexicano y el español de España muchas veces la hicieron sentir distinta:

Hubo cosas en México que me extrañaban... y es que, en España, desde antes de la guerra, todo mundo se hablaba de tú y aquí todo mundo, de veinte años, se hablaba de señor fulano y señor mengano y se hablaban de usted y yo me quedaba horrorizada, pues pensaba ¡ay, cómo les voy a hablar de usted a estos muchachos tan jovencitos! Me costaba trabajo, pero me tuve que ir acostumbrando...

También Mari Cruz guarda recuerdos en este sentido: “Una vez, un chico muy guapo me trajo una cajita de bombones muy ricos y yo les dije a mis compañeras de la oficina, ¿queréis bombones? ¡Y bueno! ¡Fue un choteo! Porque aquí, bombones no se usa”.

El caso de José L. es muy diferente. Como muchos otros refugiados republicanos, José es catalán²⁶. A decir verdad, su entrevista se realizó en el Orfeo Catalán, donde él todavía tenía un cargo administrativo que, según expresó, lo llenaba de orgullo y sentido. Entre los primeros recuerdos que compartió fue cómo, para él, el encuentro con los mexicanos y su lengua lo hizo sentir doblemente otro; por un lado, distinto a los propios oriundos del país que lo recibía, pero, además, distinto al resto de los refugiados españoles que llegaron junto con él. José evoca en la memoria los sentimientos que experimentó al hablar castellano en México; al hacerlo, efectivamente recuerda las diferencias que se evidenciaban entre él y los republicanos españoles. Al traer dichos recuerdos a su mente, José también reafirma la im-

²⁶ Sobre las particularidades del exilio catalán en México, ver Dolores Pla Brugat, *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México*.

portancia que tiene para él la defensa de su identidad catalana frente a la española el día de hoy:

En la Academia Hispanomexicana había maestros mexicanos que decían, ¡este chico habla muy raro! Y era yo, que era catalán... [Y es que] a México llegaron muchos catalanes con el deseo de conservar esa diferencia de lengua que era fruto de la cultura extraordinaria que se había logrado consolidar en tiempos de la República española. Yo les decía a mis amigos castellanos, ustedes luchaban contra Franco y Cervantes seguía siendo Cervantes, nosotros hemos tenido que batallar para conservar nuestra cultura.

Para algunos exiliados, al principio, la conciencia de otredad surgió no solo mediante esas diferencias culturales que se hacían evidentes en los intercambios propios de la vida cotidiana. Así, por ejemplo, además de la extrañeza o incluso la gracia que pudieron causar entre los refugiados las diferencias en la lengua, hubo también emociones desagradables que se experimentaron en circunstancias donde el rechazo de los mexicanos hacia ellos se hacía explícito. Cecilia recuerda, en esa memoria ambivalente de la integración:

la gente me parecía muy educada, muy atenta, aunque fui comprendiendo que no les caíamos bien los españoles... porque, por ejemplo, entre la gente un poquito mayor sí se veía a veces algunos comentarios como ¡ay, estos españoles que llegaron aquí y nos están dando mucha lata! Ellos pensaban que no les oíamos o no nos lo decían directamente, pero sí que notábamos en el ambiente mexicano, porque llegamos de repente muchos españoles y se notaba en la gente de México esa idea de que estábamos ocupando México.

No obstante, a pesar de este tipo de situaciones difíciles e incómodas que algunos refugiados pudieron experimentar a su llegada, en la memoria de muchos de ellos, lo que predomina es el recuerdo de la buena acogida y el rápido entendimiento que hubo con los mexicanos. Es difícil afirmarlo a ciencia cierta, pero parecería que, a

pesar de las posibles circunstancias en las que los exiliados pudieron sentirse rechazados, discriminados o excluidos en su relación con los mexicanos, estos sentimientos fueron relegados en la memoria para privilegiar, en cambio, los recuerdos del buen entendimiento, la relación amistosa y la gratitud hacia un pueblo generoso y hospitalario con el que pronto se establecieron vínculos y relaciones estrechas y entrañables. El agradecimiento del que hablara Azcárate en su discurso de despedida a los pasajeros del *Ipanema* y la gratitud hacia México que muchos padres de refugiados transmitieron a sus hijos son parte esencial de la memoria colectiva de dicha comunidad²⁷. Este agradecimiento pronto se fundió con otros sentimientos como la empatía o la simpatía, emociones todas esenciales en el proceso de integración que vivieron los españoles republicanos en el México de principios de los años cuarenta del siglo XX.

Una vez más, habla Mari Cruz: “realmente estábamos agradecidos a México... Mis padres me enseñaron a querer mucho a México”. Y Cecilia:

nosotros con los mexicanos en seguida nos entendimos... y entre más tiempo pasó, cada vez fue más fácil entenderme con los mexicanos... poco a poco, entraron a nuestros grupos más mexicanos y entonces la vida empezó a hacerse cada vez más lógica, ¿no? A no estar separados porque éramos refugiados españoles, sino ya nos incorporamos al país.

José S. hace un balance sobre su llegada a México y afirma: “Pronto me sentí de aquí”.

²⁷ En ese sentido, por ejemplo, en su artículo “Representaciones de memoria y exilio: la celebración del 14 de abril en México”, Iliana Olmedo Muñoz menciona la gratitud al presidente Lázaro Cárdenas como parte fundamental de la identidad de la comunidad emocional del exilio republicano. Como se ha señalado ya, la gratitud hacia el presidente mexicano se hizo extensiva a la idealizada “sociedad mexicana” (Olmedo 203).

Como se puede observar, la otredad experimentada por los republicanos españoles que llegaron a México entre 1939 y 1942 no fue unívoca. Más allá de sentirse diferentes a los españoles que se quedaban en España, a los franquistas y a los mexicanos que encontraron en su nuevo hogar, en México, los exiliados también experimentaron sentimientos y emociones vinculados con la experiencia de la otredad frente a los residentes españoles que habían llegado a México antes de la guerra. En su encuentro con ellos, los republicanos fortalecieron la identidad de “un nosotros” que, si bien se había originado durante la guerra civil en España, en México se actualizó en el presente. Al verlos y entablar relación con ellos, los republicanos se supieron evidentemente distintos a los residentes, conocidos en México como “gachupines”; ser confundido con uno de ellos enojaba y exacerbaba los sentimientos de pertenencia a una comunidad particular. Esto es lo que recuerda Mari Cruz al respecto: “Un día, iba caminando por la calle y alguien me gritó, ¡gachupina! Y yo, rápido, le contesté, ¡gachupina no, idiota, refugiada!”. También Nuria exclama evocando su recuerdo: “Nosotros éramos republicanos”. Y Cecilia, al recordar el día en que un mexicano en un elevador la vio y comentó que qué simpática gachupincita, se ríe y exclama las palabras que entonces pronunció: “¡Ay, no! ¡Gachupina no! Yo soy refugiada”.

Sin embargo, si bien los sentimientos de otredad y de clara diferenciación entre ambas comunidades al principio parecen haber sido fuertes, con el tiempo, “el nosotros” terminó por fundirse con “los otros”. A sus noventa y cuatro años, José S. explica: “Era lo mismo ser refugiado que ser republicano; los residentes lo odiaban a uno, ¿por qué? Porque éramos rojos... hasta que empezaron a casar a sus hijas con los refugiados”. También Cecilia guarda en la memoria imágenes similares que transmite de esta manera:

El principio fue difícil... los residentes, gachupines, que les llamaban, todos eran de Franco y los que vinimos aquí todos éramos republicanos... eso sí se notó... nosotros, los jovencitos, veíamos que los gachupines no nos aceptaban, no nos querían... nos hacían muchos feos. Por ejemplo, en el Casino

español, que era un restorán muy rico, que era de gachupines, y que nos gustaba mucho ir porque se comía muy bien, y cuando íbamos no éramos bien recibidos, no les caíamos bien, eran agresivos con nosotros. Pero fíjate que eso enseguida se quitó y pronto nos empezamos a entender de maravilla. Y eso fue muy bonito, porque algunas de mis amigas refugiadas se casaron con gachupines.

Una vez más, las tensiones y las contradicciones se hacen evidentes en los recuerdos del exilio. Y es que las diferencias de identidad que se habían heredado de la realidad, la historia y la situación española, en tierras mexicanas se hicieron sentir en muchos ámbitos de la vida. Porque, no obstante sus coincidencias, los exiliados españoles eran distintos entre sí. Los republicanos no solo eran otros que los residentes o que los mexicanos, sino que había entre ellos mismos diferencias ideológicas, provenían de pueblos distintos y de regiones bien diferenciadas. Afirma Paloma: “Siempre hubo diferencias entre los refugiados, eso es muy español, lo de las diferencias”. José L. señala: “El exilio español y el exilio catalán no fueron lo mismo. Eran hermanos, pero no eran lo mismo”.

En efecto, las diferencias entre los exiliados nunca dejaron de existir; en las conversaciones, en las partidas de dominó, en los clubes y las peñas. Sin embargo, más allá de todas esas diferencias y sentimientos de otredad heredados del pasado español, en el presente mexicano, los exiliados construyeron una nueva comunidad emocional que los identificó a todos en su condición de republicanos españoles frente a los “otros” que eran distintos a ellos. Evidentemente, pensar en el exilio español en México como una comunidad emocional remite a pensar en eso que Barbara H. Rosenwein definiera como “un grupo que comparte un conjunto de normas acerca de las emociones y una valoración común de estas”²⁸. Y es que, más allá de las diferencias

²⁸ En su clásico ensayo “Worrying About Emotions in History”, Rosenwein explicó cómo las comunidades emocionales funcionan como comunidades sociales que se articulan alrededor de sistemas de sentimientos. Por lo demás, en entrevistas y

que existieron entre exiliados republicanos liberales, anarquistas, comunistas, socialistas o nacionalistas catalanes, en todas estas comunidades republicanas hubo sentimientos, valores y emociones compartidas que se vivieron desde significados comunes: el respeto a la libertad, el valor de la lealtad, la fraternidad y la amistad, el odio hacia la injusticia social, la compasión humana y el amor a la dignidad del ser humano.

Así, el hogar, los colegios de exiliados, las peñas, los clubes donde se articularon dichas comunidades emocionales se convirtieron en el refugio para quienes compartían, entre muchas otras cosas, el dolor de la derrota compartida, el sufrimiento de la huida, la añoranza del pueblo y la nostalgia de una España republicana que no había podido ser. Solo aquellos quienes habían vivido la guerra o habían heredado la memoria familiar de la misma podían identificarse plenamente con dicha comunidad. Al respecto, afirma Mari Cruz: “Tenías que haberlo vivido para entenderlo”.

Para José S., quien recuerda aquellos años, sentado en su sofá frente al televisor, la pertenencia a dicha comunidad emocional se vivió, sobre todo, en la peña:

Todos seguimos yendo a la peña; allí tomábamos café los amigos. Había elementos que estaban allí todo el día... Hablábamos de España, del fútbol... cuando murió Franco, en el 75, cada grupo lo festejó: el centro gallego, el centro republicano, y cada centro, cada café de cada región, de cada pueblo, lo festejó.

En el caso de José L., él también encontró ese refugio emocional en su centro, el Orfeo Catalán:

en otros textos, la pionera en historia de las emociones ha explicado varias veces que los sujetos pueden ser parte de varias comunidades emocionales al mismo tiempo, lo que en el caso de los republicanos aquí entrevistados se deja ver con claridad.

Yo pasé un tiempo de adaptabilidad difícil, pero gracias al Orfeo lo pude superar bastante rápido, porque allí encontré amigos de mi edad, que pensaban y practicaban las mismas cosas... yo llegué al coro como tenor segundo y me integré de inmediato²⁹.

Para muchos exiliados, el hogar también fue un sitio de refugio emocional construido a partir de la conservación de sentimientos de identidad que diferenciaban bien a los miembros de las familias de exiliados españoles de los otros que quedaban del otro lado de la puerta de sus casas. Es Mari Cruz quien habla esta vez:

En casa se hablaba sobre todo de España, qué quieres que te diga. En el Colegio mis hermanas y yo no pensábamos si estábamos en España o en México, pero al llegar a casa entonces sí, porque mamá estaba llorando y decía, aquí los huevos son muy pequeñitos, el jamón no sabe a nada.

Los recuerdos sobre el colegio y sobre los amigos son, sin duda, privilegiados en la construcción de la memoria emocional de la otredad y de su contraparte, la integración. Fueron también esos colegios lugares fundamentales en la construcción y reproducción de la comunidad emocional que daba contención a los exiliados españoles, lejos de su tierra. Allí, en esos colegios, se establecieron vínculos de amistad que duraron toda la vida. Y es que, frente a la pérdida de una familia de origen que se había quedado en España, para los refugiados, los amigos hechos en México se convirtieron en la nueva familia en el exilio. Los recuerdos de estas primeras amistades infantiles y juveniles construidas en los años de la llegada a México subsisten en la memoria de Paloma, quien a sus ochenta y seis años

²⁹ Tal como lo ha explicado Clara E. Lida en “La voluntad de memoria en el exilio”, para muchos republicanos y republicanas españoles los lugares de memoria se localizaron en las peñas, los clubes, las revistas y los tres colegios fundamentales para la comunidad republicana en México: la Academia Hispanomexicana, el Instituto Luis Vives y el Colegio Madrid (3).

vive sola, en su casa, con la compañía de sus perros, y las visitas diarias de su hija. Recuerda así aquellos años:

En el Colegio todos éramos refugiados... íbamos a Chapultepec con los niños y me divertía mucho... Se compartía una experiencia y unas circunstancias particulares... si tú dices “soy refugiado, soy exiliado”, se genera una empatía... Me gustaba ir con mis amigos, subir la bicicleta en el tranvía, íbamos todos, un grupo que sigo viendo ahora, solo quedan dos de ellos... Hice amistad y los quiero mucho a todos.

Sobre la importancia de las amigas en el proceso de construir seguridad, alivio y compañía en la nueva realidad mexicana, Cecilia expresa:

Hice muchas amigas mexicanas, fueron maravillosas conmigo, pero tengo amigas españolas con las que tengo una amistad muy profunda, nos entendemos en muchísimas cosas, somos de ideas políticas parecidas, compartimos nuestra llegada a México; a todas nos pasaron cosas más o menos parecidas, tenemos los mismos gustos, las mismas costumbres, muchas cosas que nos unen...

Al narrar los recuerdos de cómo surgieron sus primeras amistades infantiles en la nueva tierra de acogida, estas dos mujeres se llenan de nostalgia, pero, además, se notan emocionadas al repasar, seguramente, esa trayectoria de vida compartida con amigas y amigos de la infancia, muchos de los cuales, al momento de las entrevistas, habrían dejado de estar en esta vida ya o, con el paso del tiempo, se habían convertido en su nueva familia.

José S. traduce sus recuerdos sobre la amistad en imágenes que evocan su afición y gusto por el fútbol:

A mí me gustaba jugar al fútbol... Jugué en el León, eran todos equipos españoles y con españoles el 95%; tenían que ser españoles para jugar en la liga... Ahí están las fotos, éramos tres amigos... ésa es en el Centro Asturiano, dos ya fallecieron... ¡he visto pasar tanta gente!

En su emocionado balbuceo y sentado en el sofá en que transcurre su vejez, José S. señala la fotografía donde aparece, de joven, con sus compañeros de equipo. No esconde en sus palabras la tristeza, el cansancio de los años, ni la resignación, a pesar de todo, tranquila, de haber vivido, bien, la vida.

Los primeros recuerdos del exilio hablan de la identificación y la convivencia con la comunidad de refugiados españoles que daba cobijo a todos aquellos que llegaban y que se incorporaban al nuevo país. Cecilia lo explica de esta manera: “Llegando a México fue muy importante que ya teníamos amigos refugiados que habíamos conocido en Francia. Y eso fue muy importante, porque al llegar a México ya teníamos contactos y amistades”. Por su parte, Nuria recuerda: “Al principio solo convivíamos con familias de refugiados. Solo tuve contacto con mexicanos cuando entré a la Universidad”. Los recuerdos de José L. sobre este primer aislamiento cultural, que no era otra cosa que una estrategia de sobrevivencia y de contención emocional coinciden con los de Nuria. Dice José:

Para mí, los estudios secundarios no fueron difíciles. Estaban los colegios de refugiados: el Madrid, la Academia Hispano-mexicana, el Vives. Allí conocí estupendos maestros y amigos catalanes y castellanos. Fue más difícil entrar a un estudio universitario como la UNAM, donde éramos como treientos o cuatrocientos; allí ya había mexicanos.

Efectivamente, la amistad fue uno de los valores más presentes en la vida de la comunidad de la República española en México. La lealtad, la solidaridad, la fraternidad y la incondicionalidad fueron principios que orientaron las relaciones de muchos de sus miembros, no solo entre ellos sino con muchos amigos mexicanos que pronto comenzaron a formar, también, parte de sus nuevas familias en el exilio. Sobre estos vínculos emocionales con “los otros” que pronto formaron parte de un nuevo nosotros, habla Cecilia: “Yo he tenido amigas mexicanas buenísimas, entrañables como, por ejemplo, mi comadre, que es tan encantadora conmigo”.

Y José S. recrea en su memoria uno de esos momentos en que comprendió que, viviendo en México y habiendo sido acogido por dicho país, la exclusión de mexicanos en la comunidad propia era un absurdo. Cuenta José cómo, en un principio, los equipos de fútbol organizados por españoles en México tenían como requisito para participar en la liga estar constituidos en su mayoría por españoles. Pero, dice José,

siendo yo secretario lo quité, lo quité de un plumazo... pues cómo era posible que nosotros siendo los invitados en este país, nosotros viniéramos a ponerles leyes... pues no, no me parecía. Porque, además, ¡te metían cada cachirul! Y te decían, que uno era vasco ¡y era más negro...!

Nuevamente, en este último recuerdo, se perciben las ambivalencias propias del proceso de integración cultural experimentado por sujetos sin duda deseosos de vincularse con los mexicanos y relacionarse con ellos como iguales, pero también conscientes de su otredad, no solo a partir de la gratitud una vez más evocada en la memoria, sino mediante la identificación de rasgos físicos que evidentemente no eran españoles, sino mexicanos.

En la memoria del exilio, en la memoria de la otredad del exilio, el vaivén entre el ser español y el sentirse mexicano o entre el sentirse mexicano y ser español es una constante. Para Nuria, el movimiento interno es muy claro: “Es siempre esa sensación, como dice la canción, de no ser de aquí ni ser de allá”. Como todas las identidades, la de los exiliados republicanos es dinámica, cambiante y depende del lugar en el que se está situado. Una vez más, dice Nuria:

Cuando voy allá, me siento muy bien. Allí está la familia y es muy emocionante. Yo soy española. Llevo setenta y dos años en México y claro que soy mexicana y me encanta México y mi esposo y mis hijos son mexicanos. ¡Le estoy agradecidísima a México!

Esta ambivalencia de la identidad aquí y allá, se traduce en la siguiente impresión de Paloma: “Si yo voy a España y en el metro tocan una canción mexicana se me salen las lágrimas. Y estoy en México y veo una fotografía de las calles de España, de inmediato intento ver si reconozco a la gente, es algo tan conocido que siento tan mío”. En cuanto a José L., esto es lo que él refiere sobre el vaivén emocional entre el amor a México y el amor a Cataluña:

Yo me siento las dos cosas; no he podido dejar de sentirme catalán, pero, por otro lado, de México siento muy a fondo muchas cosas... Yo cuando el avión me deja en Barcelona, al día siguiente me siento catalán, estoy enganchado como si no hubiera salido nunca... aquello lo siento como mío y me pasa exactamente al revés. Cuando regreso a México, al segundo día ya estoy enganchado otra vez. Yo diría que es normal, cuando se trata de penetrar el espíritu de un país, de entenderlo, de quererlo.

Sin embargo, si bien muchos exiliados compartieron estos sentimientos de ambivalencia, esta sensación oscilante entre el ser de aquí y el ser de allá, o la emoción de sentirse mexicano en España y español en México, o español en España y mexicano en México, entre muchos, la identidad española quedó grabada en un lugar muy especial de la memoria. Así, por ejemplo, Nuria explica que ella, en parte, es mexicana, pero, afirma: “También soy española; nunca quise dejar de serlo. Nunca me quise nacionalizar mexicana porque soy española. Hubo quien sí lo hizo y a mí eso me parecía muy mal”. Para Mari Cruz: “España es lo mejor del mundo. ¡A mí que no me toquen España! Yo soy española, ¡y qué bonita es toda España, desde mi Asturias querida pasando por Barcelona y no digamos Andalucía! Aunque quiero mucho a México, he sido muy feliz en México”. Una vez más, la tensión entre las emociones de la memoria y la realidad presente a los noventa años se manifiesta en dicha exclamación. El amor heredado y regenerado a lo largo de toda la vida hacia España se expresa en una explosión emotiva que pronto se difumina a partir de la aceptación de una realidad: fue la segunda patria y no la primera,

la que brindó un espacio “para vivir una vida muy feliz”. También Cecilia oscila entre las emociones de una memoria que guarda el amor a su tierra natal y los sentimientos que le genera el presente al reconocer que México fue el país en donde vivió la vida. Al final, casi con timidez, tiene que reconocer que ella es española:

Para mí, México es importantísimo en mi vida. Mis hijos son mexicanos, mi marido es mexicano y México se ha portado maravillosamente conmigo... pero yo soy española. Quizás es que España es la tierra donde nacieron mis antepasados, mis abuelos, mis padres...

Ciertamente, para todos los refugiados republicanos, España es la tierra donde nacieron sus antepasados, pero España también es la tierra que expulsó a sus padres y que les dejó la vida partida entre un antes de la guerra y un después de la misma. Hoy, a más de setenta años de aquella guerra, los refugiados españoles la siguen evocando en la memoria, interpretando y reinterpretando su significado, comprendiendo el sentido que tuvo la misma en su destino y en la trama de su propia vida. En dicha memoria, la guerra se define, en gran medida, como la defensa que sus padres hicieron de sus ideales; una guerra en donde se luchó por la libertad, la dignidad humana, la igualdad. Los refugiados españoles saben que sus padres creyeron en el valor de todo aquello hasta el final y saben, también, que esto les costó el exilio de la tierra amada. Durante toda su vida, muchos hijos y nietos de aquellos republicanos que salieron de su tierra, expulsados, defendieron, en tierra mexicana como sus padres y sus abuelos lo habían hecho en la española, los mismos principios. Algunos lo hicieron en sus relaciones personales; otros en la política, en las cátedras, en sus lugares de trabajo, en los centros republicanos. Y así, la España que no pudo ser en el Viejo Mundo se hizo realidad de muchas maneras en la España mexicana propia de los refugiados que salieron con la guerra.

Efectivamente, el mandato moral expresado en la despedida del presidente Azcárate a los pasajeros del *Ipanema* fue compartido por

muchos exiliados que lo imprimieron en su memoria y en su actuar cotidiano. Para muchos, compartir aquellos principios vitales generó un sentimiento de orgullo, también fundamental en la construcción de la comunidad emocional del exilio. El creer en la libertad y la igualdad de los seres humanos y el actuar en consecuencia actualizó la memoria republicana en el presente mexicano y confirmó a quienes la tenían que realmente se era otro; que ser republicano era ser, paradójicamente, diferente a los demás.

José L. recuerda sus primeras impresiones sobre los exiliados que encontró en México a su llegada: “Eran gente verdaderamente excepcional, gente interesantísima, personajes ilustres... y eran excepcionales porque además de ser brillantes intelectualmente fueron gentes que nunca abandonaron sus principios, siguieron siempre al pie del cañón...”. En la memoria de José se percibe la admiración que todavía siente hacia hombres y mujeres que nunca dejaron de luchar por su causa y sus ideas.

No obstante, el tiempo ha pasado, la vida se ha hecho y a muchos exiliados les ha mostrado muchos otros secretos. Así, la experiencia de la vida y seguramente las idas y venidas propias de la reflexión sobre la guerra y la derrota a lo largo del tiempo hacen decir a Paloma, a los ochenta y seis años: “A mí no me gustan las ideas tan férreas... ya ha pasado tanto tiempo; yo cada día creo menos en las ideas y más en las personas”.

LA NOSTALGIA Y EL REGRESO A UN LUGAR INEXISTENTE

Durante mucho tiempo, los exiliados republicanos españoles creyeron que su tránsito por México sería temporal y que apenas cayera Franco ellos podrían volver a su patria. La esperanza del regreso, la ilusión de que este seguramente llegaría algún día, también son emociones que han sido bien registradas y almacenadas en la memoria de los exiliados que hoy, a los noventa años, las evocan de esta manera. Habla Cecilia:

Primero pensamos que Franco se iba a ir y que entonces podríamos regresar. Luego nos dimos cuenta de que eso no iba a ocurrir. Muchos años después, yo sí regresé con mis hijos, pero mis padres nunca volvieron.

En el caso de Nuria: “Papá nunca quiso regresar antes de que cayera Franco. Solo volvió cuando Franco murió”. Para Mari Cruz, el recuerdo más fuerte es otro: “Cada Año Nuevo, en Navidad, brindábamos: ¡por España! ¡la próxima la celebramos en España! Pero mis padres no pudieron regresar nunca”. Paloma trae a la memoria la siguiente imagen:

En mi casa se pensaba volver, todo mundo pensaba, cuando acabe la guerra se vuelve... Un día, ya en el 68, cuando pasaban los tanques por la calle de la casa, mi marido me dijo, no sé lo que pueda pasar aquí, quizás tendríamos que volver a España. Y yo le contesté, ¿qué vamos a hacer allí?

En efecto, para muchos exiliados, poco a poco, esa España reconocida como la tierra propia, también terminó por convertirse en un sitio lejano, distinto. La ambigüedad de la identidad de los exiliados se reconoce bien en los recuerdos sobre los momentos en que finalmente se materializó el tan soñado regreso, aunque en muchos casos este solo fue un regreso temporal. Y es que, con el tiempo, muchos refugiados tuvieron que aceptar que la vida ya se había hecho en otro lugar. Para algunos, los recuerdos de los viajes ya en edad adulta se evocan con alegría, pero también con dolor, pues el reencuentro con la tierra que se había dejado en la infancia activaba, una vez más, la conciencia de lo que pudo haber sido y no fue. Ahora es Mari Cruz:

La primera vez que volví a España fue una emoción muy grande. Recorrí todo el pueblo... estaba la casa muy maltratada, porque hubo un bombardeo. Yo me quedaba en cada banca y le decía a mis primos, déjenme aquí y vayan a dar la vuelta... Lloré mucho. Pero no lloré por estar allí, que estaba

tan contenta, lloré por acordarme de mis padres... ¡qué feliz sería mamá! Ella no pudo volver.

Algo parecido ocurrió a José L. cuando volvió a Barcelona hace apenas unos años para votar a favor de la separación de Cataluña: “Cuando viajé a Barcelona para votar en las elecciones tuve un sabor doble, un sabor muy feliz, pero muy amargo también. Porque sentí que votaba dos veces, una por mí y otra por mi padre, fallecido en México”.

En ambos casos, tanto el de Mari Cruz como el de José S., el recuerdo es agri dulce. Por un lado, el regreso confirmó la pertenencia a una tierra que se había dejado en la infancia, pero que todavía guardaba mucho de lo que podía reconocerse como propio. Al mismo tiempo, las evidencias de que el tiempo había pasado y de que había cosas que ya no eran más se manifestaban en la casa destruida por el bombardeo, o en la muerte de un padre que había muerto en México sin poder volver jamás. Así, ambos cobraron conciencia de que el verdadero regreso al pasado español, antes de la guerra, era realmente imposible. Quizás por ello, Mari Cruz lloró el llanto de su madre y José votó el voto de su padre.

En la memoria, el vaivén entre el reconocimiento de lo propio y la conciencia del sentirse ajeno se narra, también, de esta manera. Habla Cecilia:

Cuando iba, los españoles de allá sentían que yo no tenía el español exactamente igual a ellos, pero no sé por qué. Aunque a mí también me pasó, que decía: pero qué borricos que son estos españoles, cómo hablan de enfadados y furiosos y de mal; pero me caían muy bien y me encantaba volver.

A los noventa años, hay cosas que no se pueden negar. El tiempo y la vida han transcurrido, generando con ello una distancia inevitable. El recuerdo de José S. es revelador en ese sentido: “Yo, a España, solo volví tres veces. Y cada vez me gustó menos... todos mis amigos se han muerto, aunque quedan sus viudas, que me quieren mucho”. Las

emociones de Paloma coinciden, de cierta manera, al decir: “Antes me encantaba ir a España porque veía a mis tíos, solo quería estar con ellos, ahora ya no me gusta ir porque todos se han muerto. Ya nadie me conoce, nadie sabe quién soy”.

Han pasado más de setenta años desde que estos seis republicanos españoles dejaron su tierra natal, acompañando a sus padres en el exilio. En su memoria, todos ellos evocan y recrean imágenes de una vida que parece haber transcurrido linealmente, a la manera de una película. Sin embargo, no obstante esta aparente linealidad, las tensiones y contradicciones que aparecen en sus recuerdos revelan la complejidad del universo de emociones que acompañó a los republicanos españoles en la constante confrontación con los otros y con ellos mismos a lo largo del proceso de integración cultural que vivieron en México.

Como en toda memoria exílica, la nostalgia es un sentimiento presente en la memoria de los republicanos españoles que añoran todo aquello que no pudo ser, pero la aceptación de que la vida fue muy buena, tal como fue, también está allí. En palabras de Paloma:

A mí me hubiera encantado que no hubiera habido guerra, claro, primero por la gente que murió, pero también, porque me hubiera encantado tener una familia allá, una familia que no tuve. Pero bueno, tuve otras cosas.

Es mucho lo que hay que explorar y decir sobre la memoria histórica de diversas comunidades de refugiados y exiliados desde la historia de las emociones. Basta con escuchar el siguiente testimonio de Paloma para sentirse tentado a seguir asomándose a los recovecos de la intimidad emocional de sujetos históricos que vivieron procesos parecidos a los que ella tuvo que enfrentar:

Cuando todavía se pensaba que era posible volver, mi madre compró tres maletas: la mía que es así, chiquitita, la de mi padre y la suya. Las tengo aquí. El otro día, estuve sacando cosas, porque tengo tanto trique, que quiero darlo todo ahora, porque si no mis hijos lo tendrán que hacer. Así que

iba a sacar también las maletas de mi madre, pero luego las vi y no las pude sacar. Las volví a guardar.

¿Qué contendrían aquellas maletas en el corazón de Paloma? A simple vista, solo se trata de maletas vacías, guardadas durante años ante la imposibilidad del regreso a la patria perdida. En ellas, su madre no pudo guardar la ropa ni los objetos personales, porque nunca llegó el esperado momento de volver. Sin embargo, durante mucho tiempo, aquella mujer madrileña sí logró depositar en ellas la esperanza de regresar. Hace mucho que Paloma, su hija, una refugiada republicana de ochenta y seis años, que hizo su vida en México, dejó de albergar esa esperanza y dejó de necesitarla. Sin embargo, hoy Paloma no puede deshacerse del recuerdo de la esperanza de su madre, de la esperanza de esa mujer que siempre la hizo sentir como una sobreviviente capaz de hacer lo que ella quisiera. Pero, además, junto con la esperanza de su madre es probable que, en aquellas maletas, hoy, Paloma guarde las imágenes del pueblo de su familia, de las risas de sus primos, de las calles de su infancia, de las voces de sus amigos y los paisajes de su tierra. Y es que, como Paloma, muchos otros exiliados republicanos que llegaron a México, conservaron y recrearon “en sus propias maletas” todos aquellos recuerdos que, desde la ausencia, permitieron recuperar, al menos por momentos, la sensación de completitud alguna vez perdida. Así, en realidad, esas maletas no representan otra cosa que la memoria emocional del exilio, esa memoria “abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia” (Nora 21) y que para muchos hombres y mujeres hizo posible conciliar, de manera casi siempre agri dulce, el pasado con el presente eterno.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Visitar la historia del exilio español en México desde la memoria de la vejez y desde la experiencia de otredad resignificada abre la oportu-

tunidad de plantear preguntas y reflexiones que es necesario profundizar y explorar con mayor detenimiento desde la interdisciplina. En nuestras sociedades, la historia debe buscar colocarse en lugares en los que pueda aportar herramientas relevantes para generar bienestar no solo personal, sino colectivo y comunitario. Nuestro presente es testigo del incremento de migraciones, exilios y desplazamientos forzosos, así como de xenofobias y odios a las otredades. En ese contexto, explorar cómo se han vivido dichos fenómenos desde la experiencia vivida y comprender la manera en que muchas personas mayores han logrado reconciliarse con ellas mismas y poner en paz dolores, sufrimientos y pérdidas a partir de recuperar los momentos de alegría, solidaridad y posibilidad de encuentro brinda herramientas para encontrar, en palabras de Peter Burke, “nuevos horizontes de esperanza” para nuestros tiempos.

Es por ello que resulta fundamental que la historia de las emociones y de la experiencia vivida establezca un diálogo con otras disciplinas, tales como la psicología o la geriatría, para encontrar nuevos mecanismos en los que el ejercicio de la reminiscencia y la memoria permitan a las personas adultas mayores encontrar serenidad, paz y alegría a partir de la revisión, resignificación y reapropiación de sus trayectorias de vida. Actualmente, en nuestras sociedades contemporáneas, la vejez se ha convertido en una etapa de la vida cada vez más larga, lo cual ha transformado su significado cultural y ha abierto la oportunidad de vivir experiencias buenas y vitales en esos años. Lejos de ser solamente el ocaso de la vida, o una etapa de crisis, duelo, tristeza, miedo y pérdida, actualmente la vejez se vive, también, como un momento de la vida en que es posible encontrar un nuevo sentido y en donde las personas pueden conectar con nuevos deseos, proyectos cotidianos y experiencias de desarrollo y crecimiento personal.

Hacer historia de la memoria en la vejez es una vía para revalorar la dignidad y la existencia de los adultos mayores, para visibilizar la riqueza de sus experiencias y para empatizar con ellos. Como se pudo leer en las páginas anteriores, el ejercicio de recordar, reordenar, seleccionar los momentos importantes de la vida y dar un nuevo sentido

narrativo a la trayectoria existencial es un acto profundamente sanador al final de la vida. Así, para los seis entrevistados que ofrecieron sus testimonios en la elaboración de esta investigación, el recuerdo de sus experiencias de otredad y la resignificación de estas fue –retomando las ideas de Sara Ahmed– una oportunidad para reencontrarse con ellos mismos. Y es que, en paráfrasis de Kristeva, también citada por la autora australiano-británica, “el viaje a la otredad es siempre un viaje de autodescubrimiento” y, por lo tanto, de reconciliación, aceptación y crecimiento.

REFERENCIAS

- ACEVEDO LÓPEZ, GUIOMAR. “El exilio republicano español en México: Memoria e identidad”. *Temas De Nuestra América. Revista De Estudios Latinoamericanos*, vol. 37, n. ° 9, 2021, pp. 151-167. <https://doi.org/10.15359/tdna.37-69.8>.
- AHMED, SARA. “Home and away. Narratives of migration and estrangement”. *International Journal of Cultural Studies*, vol. 2, n. ° 3, 1999, pp. 329-347. <https://doi.org/10.1177/136787799900200303>.
- _____. *Queer Phenomenology: Orientations, Objects, Others*. Durham, Duke University Press, 2006.
- _____. *Strange Encounters. Embodied Others in Post-Coloniality*. Routledge, London, 2000.
- BODDICE, ROB Y MARK SMITH. *Emotion, Sense, Experience*. Cambridge, Cambridge University Press, 2020.
- BORNAT, JOANNA. “Reminiscence and oral history: parallel universes or shared endeavour?”. *Ageing and Society*, vol. 21, n. ° 2, 2001, pp. 219-241. <https://doi.org/10.1017/S0144686X01008157>.
- DE AZCÁRATE, F. “El adiós del S.E.R.E a los emigrantes del barco ‘Ipanema’ ”, *Ipanema. Diario de a bordo*, 14 de junio de 1939,

pp. 1-2. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/num-1-14-de-junio-de-1939/>.

DÍAZ SILVA, ELENA. "La comunidad emocional del exilio y el retorno imposible". En Pilar Folguera, Juan Carlos Pereira, Carmen García, Jesús Izquierdo, Rubén Pallol, Raquel Sánchez, Carlos Sanz y Pilar Toboso (eds.), *Pensar con la historia desde el siglo XXI. Actas del XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2015, pp. 3193-3211. <https://libros.uam.es/uam/catalog/view/10/10/375>.

DUTRÉNIT BIELOUST, SILVIA. "La marca del exilio y la represión en la 'segunda generación'", *Historia y Grafía*, n. ° 41, 2013, PP. 205-241.

FERNÁNDEZ, ROMINA ANDREA. *Véjex e identidad narrativa: su relación con la memoria autobiográfica en adultos mayores*. Buenos Aires, UFLO Universidad, 2024

FOLVILLE, A., SIMONS J.S, D'AREGEMBEAU A., et al. "I remember it like it was yesterday: Age-related differences in the subjective experience of remembering". *Psychon Bull Rev*, vol. 29, 2022, pp. 1223-1245.

"Introducción". *Barcos de la Libertad. La evacuación de los refugiados españoles a México (1939-1942)*. Residencia de Estudiantes. Visitado el 2 de junio de 2025. <https://www.residencia.csic.es/expobarcoslibertad/index.htm>.

KAMMEN, MICHAEL. "Reflections on European History and Memory in Exile." *Amerikastudien / American Studies*, vol. 53, n. ° 4, 2008, pp. 535-553. <http://www.jstor.org/stable/41158399>.

LABANYI, JO. "The languages of silence: historical memory, generational transmission and witnessing in contemporary Spain". *Journal of Romance Studies*, vol. 9, n. ° 3, pp. 23-35, 2009. <https://doi.org/10.3828/jrs.9.3.23>.

LIDA, CLARA E., "La voluntad de memoria en el exilio español". *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, Universidad de Alicante. 2017. Visitado el 3 de junio de 2025, <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcs48s5>.

- MOSCOSO, JAVIER. "Historias de la experiencia". *Historia y Grafía*, n. ° 62, 2023, pp. 205-232. <https://doi.org/10.48102/hyg.vi62.494>.
- NORA, PIERRE. "Entre memoria e historia. La problemática de los lugares". *Pierre Nora en Les lieux de mémoire* (traducción de Laura Masello), Montevideo, Ediciones Trilce, 2008.
- OLMEDO MUÑOZ, ILIANA. "Representaciones de memoria y exilio: la celebración del 14 de abril en México". *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, n. ° 68, 2018, pp. 201-221. <https://www.tzintzun.umich.mx/index.php/TZN/article/view/720>.
- PÉREZ VEJO, TOMÁS. "Intelectuales españoles en México: el exilio republicano desde la perspectiva de la larga duración histórica". *Transatlantic Studies Network. Revista de Estudios Internacionales*, Año II, n. ° 4, 2017, pp. 175-184. <https://revistas.uma.es/index.php/transatlantic-studies-network/article/view/19369/19278>.
- PLA BRUGAT, DOLORES. *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México*. Ciudad de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Orfeo Catalá de México, 1999.
- _____. "La presencia española en México. 1930-1990. Caracterización e historiografía". *Migraciones y Exilios*, n. ° 2, 2001, pp. 157-188. <https://www.aemic.org/ano-2001-numero-2-dossier-vida-trabajo/>.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, CAROLINA Y DANIEL VENTURA HERRANZ. "De exilio y emociones". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36, 2014, pp. 113-138. <https://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/view/46684/43820>.
- ROSENWEIN, BARBARA H. *Winter Dreams. A Historical Guide to Old Age*, Reaktion Books, 2025.
- _____. "Worrying about Emotions in History". *The American Historical Review*, vol. 107, n. ° 3, 2002, pp. 821-845.
- SÁ CAVALCANTE SCHUBACK, MARCIA. "Memory in Exile". *Research in Phenomenology*, vol. 47, n. ° 2, 2017, pp. 175-189. <https://doi.org/10.1163/15691640-12341364>.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, ADOLFO. *Del exilio en México: recuerdos y reflexiones*. Ciudad de México, Editorial Grijalbo, 1990.

SIMARRO, CONXITA. *Diario de una niña en tiempos de guerra y exilio. 1938-1944*. (Susana Sosenski ed.), México/Madrid, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional de Educación a Distancia, Centro de Estudios de Migraciones y Exilios, 2015.

VIEL, SILVIA. “La experiencia de envejecer”. *Temas de psicoanálisis*, n. ° 17, 2019, pp. 1-11. <https://www.temasdepsicoanalisis.org/wp-content/uploads/2019/01/Silvia-Viel.-Experiencia-emocional-de-envejecer.-1.pdf>